

## ESCENA VI.

LOS MISMOS, y la CONDESA TERZKY.

LA CONDESA. (Con precipitación.)—Mi esposo me envía aquí... Ha llegado el instante supremo. Es ese el festín, en donde... (No cuidándose de lo que dice, se interpone entre ambos.) ¡Separaos!

TECLA.—¡Todavía no! Apenas hace un momento...

LA CONDESA.—Pronto pasa el tiempo para vos, mi sobrina la Princesa.

MAXIMILIANO.—No hay prisa ninguna, tía.

LA CONDESA.—¡Fuera, fuera! Se nota vuestra falta. Vuestro padre lo ha dicho ya dos veces.

TECLA.—Sí, pero su padre...

LA CONDESA.—Ya lo comprendéis, sobrina.

TECLA.—¿Qué tiene que hacer con esa sociedad? No debe estar allí. Serán, sin duda, hombres dignos y beneméritos, pero es demasiado joven para ellos y no les sirve para nada.

LA CONDESA.—¿Preferiríais, pues, retenerlo aquí?

TECLA. (Con pasión.)—Justamente. Tal es mi propósito. Así, dejadlo aquí, y digan esos señores lo que quieran...

LA CONDESA.—¿Estáis loca, sobrina?—Conde, ya sabéis las condiciones.

MAXIMILIANO.—Debo obedecer, señorita. ¡Adios! (Al volverse Tecla con rapidez.) ¿Qué decis?

TECLA. (Sin mirarlo.)—¡Nada! Andad con Dios.

MAXIMILIANO.—¡Puedo hacerlo, si os incomodáis conmigo... (Acércase á ella, y sus ojos se encuentran; ella permanece en silencio un instante, después se arroja en sus brazos y él la oprime contra su pecho.)

LA CONDESA.—¡Alejaos! Si alguien viniera... Oigo ruido... voces extrañas se acercan. (Maximiliano se arranca de los brazos de Tecla, y se va, acompañado de la Condesa. Tecla lo sigue al principio con la vista, se pasea inquieta por la sala, y parece luego absorbida en sus pensamientos. Coge un laúd que hay sobre una mesa, y, preludiando melancólicamente, canta al fin de esta manera.)

## ESCENA VII.

TECLA, sola.

TECLA. (Tocando y cantando.)—«Resuena la selva, corren las nubes, y la doncella camina por la verde orilla, mientras las olas se estrellan con fuerza, y canta en la oscura noche, llenos de lágrimas sus ojos.

»Muerto está mi corazón, el mundo vacío, y no me inspira ya deseo alguno. ¡Dios santo, llama de nuevo á tu hija, porque he gustado la dicha terrenal, he vivido y he amado!»

## ESCENA VIII.

TECLA y LA CONDESA, que vuelve.

LA CONDESA.—¿Qué ha sido esto, señora sobrina? ¡Vaya! Os arrojáis á su cuello. Debierais, sin embargo, según creo, venderos algo más cara.

TECLA. (Levantándose.)—¿Qué decis, tía?

LA CONDESA.—No debéis olvidar quién sois y quién es él. Seguramente no habéis pensado hasta ahora en eso.

TECLA.—¿En qué?

LA CONDESA.—En que sois hija del Príncipe de Friedlandia.

TECLA.—Bien; y ¿qué?

LA CONDESA.—¿Y qué? ¡Vaya una pregunta!

TECLA.—Lo que hemos llegado á ser, lo era él desde que nació. Es hijo de una princesa, de un antiguo linaje lombardo.

LA CONDESA.—¿Qué visiones! En verdad que será menester suplicarle cortésmente que haga feliz á la princesa más rica de Europa, dándole su mano.

TECLA.—No será necesario.

LA CONDESA.—Sí, será lo mejor no exponerse á ello.

TECLA.—Su padre lo ama; el conde Octavio nada podrá decir en contra.

LA CONDESA.—¿Su padre? ¿El suyo? ¿Y el vuestro, sobrina?

TECLA. ¡Ya! Me parece como si temierais á su padre, y quizá por eso ante él, ante su padre, os mostráis tan reservada.

LA CONDESA. (Mirándola con aire inquisitorial.)—Sobrina, no decís la verdad.

TECLA.—¿Sois sensible, tía! ¡Oh, sed buena!

LA CONDESA.—¿Creéis haber ganado ya la partida?... No os alegréis tan prematuramente.

TECLA.—¿Sed sólo buena!

LA CONDESA.—Todavía no hemos llegado tan lejos.

TECLA.—Demasiado lo sé.

LA CONDESA.—¿Pensáis, acaso, que ha empleado su vida importante en la guerra, renunciado á toda dicha terrestre pacífica, desterrado el sueño de su lecho, y abandonado su noble cabeza á los cuidados, sólo para hacer de vosotros una pareja venturosa? ¿Para sacarte, al fin, de tu convento, y traerte en triunfo al hombre que te agrada?... Sin tanto trabajo lo hubiese logrado. Esta semilla no se

sembró para que tú troncharas su flor con tu mano infantil, y la llevaras en tu pecho de frívolo adorno.

TECLA.—Pero lo que no se ha sembrado para mí podría ofrecermé, sin embargo, y espontáneamente, suave fruto. Y si mi grato y benévolo destino, de su existencia, horriblemente monstruosa, quiere preparar para mí la alegría de mi vida...

LA CONDESA.—Discurres como una joven enamorada. Mira á tu rededor. Reflexiona en dónde estás... No has entrado en la mansión de la alegría, ni te hallas en ningún himenco, colgadas las paredes, y con guirnaldas de flores los convidados. Aquí no hay más brillo que el de las armas. ¿Te imaginas, por ventura, que estos miles de hombres se han reunido para celebrar tus nupcias? Observa la frente pensativa de tu padre, las lágrimas que llenan los ojos de tu madre, y te dirán que está en peligro el destino de nuestra casa. ¡Renuncia, pues, á los sentimientos pueriles de la juventud, á deseos mezquinos! ¡Prueba que eres la hija de un hombre extraordinario! La mujer no es dueña de sí misma, sino depende del destino ajeno. La mejor es, por tanto, la que elige ese sér extraño, y lo lleva en su corazón, y lo cuida con amor ferviente.

TECLA.—Eso mismo me decían en el convento. Yo no sentía deseo alguno, y sólo me miraba como su hija, como la hija de un hombre poderoso; y su fama, que también llegaba hasta mí, no me sugería ningún otro sentimiento que el de considerarme destinada á sacrificarme por él.

LA CONDESA.—Y tai es tu destino. Síguelo, pues. Tu madre y yo te damos el ejemplo.

TECLA.—La casualidad me ha traído la persona, por quien me debo sacrificar; lo seguiré, por tanto, llena de alegría.

LA CONDESA.—Tu corazón, hija mía, no la casualidad.

TECLA.—El impulso del corazón es la voz del destino. Yo soy suya. Presente sólo suyo es esta nueva vida, que ahora

siento en mí. Él tiene sus derechos sobre su obra. ¿Qué era yo, antes que su dulce amor me animase? No quiero pensar de mí de otra manera que él mismo piensa. No, no puede ser un alma vulgar, quien posea riquezas tan inapreciables. Siento que la dicha me ha inspirado igual energía. La vida es algo serio y grave para un alma grave y formal. Ahora sé que soy dueña de mí misma, y he aprendido á conocer la firme voluntad, la voluntad incontrastable que hay en mi pecho, y puedo poner cuanto poseo al servicio de fin tan elevado.

LA CONDESA.—¿Querías, pues, oponerte á tu padre, si resolviera otra cosa?... ¿Piensas tú acaso disuadirlo de su propósito? Sabe, hija, que se llama Friedlandia.

TECLA.—También yo me llamo así. Verá que yo soy hija suya.

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Su Soberano, su Emperador no lo domina, y tú, hija suya, osarás luchar con él?

TECLA.—A lo que nadie se atrevió se atreverá su hija.

LA CONDESA.—Sí, sin duda no se halla dispuesto á tales cosas. ¿Y habrá vencido tantos obstáculos, y encontrará una nueva batalla en la voluntad de su propia hija? ¡Niña, niña! Hasta ahora sólo has visto las sonrisas de tu padre, no la cólera pintada en sus ojos. ¿Se aventurará la voz de tu oposición, temblando de miedo, á hacerse oír frente á frente? Podrás formar magníficos proyectos cuando estás sola, imaginar frases elocuentes, é inspirar el valor de un león en tu alma de paloma. ¡Prueba, sin embargo! Te presentarás ante él, y, al mirarte fijamente, quedarás muda. Te sucederá lo que á la hoja de flor delicada ante la mirada de fuego del sol... No intento asustarte, querida niña, porque espero que no llegaremos á ese extremo... Ignoro también cuál sea su propósito. Quizás esté de acuerdo con tus deseos. Pero nunca será que tú, hija orgullosa de su buena fortuna, obres como cualquiera jovencuela enamo-

rada, y te abandones al hombre que, aun en el caso de estar destinado á recibir tan preciada recompensa, ha de merecerla, haciendo el más costoso sacrificio, que el amor exige. (Vase.)

## ESCENA IX.

TECLA, sola.

TECLA.—¡Agradézcode tu advertencia! Convierte en hecho indudable mi triste presunción. Así, ¿es, pues, verdad esto? Aquí no tenemos ni un amigo, ni un corazón fiel... no tenemos á nadie más que á nosotros mismos. Duras batallas nos amenazan. Danos tú, oh amor divino, la fuerza necesaria. ¡Oh! ¡Dice la verdad! No son de buen agüero las señales que dan su luz á esta unión de nuestros corazones. La esperanza no encuentra aquí lugar alguno de descanso. Sólo se oye aquí el confuso ruido de las armas, y hasta el amor... como cubierto con coraza, y armado para morir peleando, se ofrece aquí á nuestras miradas. Un espíritu malévolo se respira en nuestra casa, y hasta la suerte parece apresurarse á acabar con nosotros. Me han arrancado de mi tranquila residencia, en donde vivía libre, y un encanto seductor me deslumbra. Atráeme su figura celestial, y la veo acercarse á mí más y más. Su poder sobrehumano me arrastra hacia el abismo, y no puedo resistirlo. (Se oye á lo léjos la música del banquete.) ¡Oh! Cuando una casa ha de ser consumida por el fuego, las nubes se acumulan sobre ella, el rayo cae desde la altura; llamas despiden los abismos subterráneos, y hasta el Dios del placer, ciego de ira, cerca con sus hogueras al edificio incendiado. (Vase.)